

NO.
17

ESPORA

MICROFICCIÓN POESÍA ENSAYO CUENTO RESEÑA



Debemos buscar el comienzo de todo, de seguro,
en la nube que reventó en lluvia aquella tarde,
con tan inesperada violencia que sus truenos
parecían truenos de otra latitud».

LOS PASOS PERDIDOS, ALEJO CARPENTIER

CARTA EDITORIAL

...

Cielo grisáceo sobre el pueblo y las lluvias caerán pronto / las horas las traigo nubosas en la cabeza / como si siguieran una melodía sorda, / una neblina de nada. / Iba al río y remojaba los pies. Sumergía la cara y temía escuchar el grito incluso debajo del agua / pero existe algo al rededor del silencio / que no lo deja ser absoluto. / Su voz se pierde en la tranquilidad del agua. / Deberás buscar la contracara de la desesperación.

Las editoras

DIRECTORIO

Editor responsable

Clemencia Corte Velasco

Editores responsables de este número

Gabriela Suzán Malda

Paula Stefany Hernández Gándara

Valeria Alcaraz Jiménez

Consejo Editorial

Gabriela Suzán Malda

Marielo Regina Polo Chávez

Paula Stefany Hernández Gándara

Valeria Alcaraz Jiménez

Dirección de diseño

Diana Teresa Ortega Ramírez

Jacqueline Gallardo Contreras

Diseño

Andrea Hernández Marí

Carolina Aide Ramírez Lara

Deniss Carolina Sánchez Escalante

Janine Pamela Sosa Sánchez

Paulina Quiroz Arroyo

Zahira Paola Pinto Palacios

Comunicación

Valeria Alcaraz Jiménez

Colaboradores

Brayan Alexis Chaparro Sandoval

Fabián Burgos

Ian Levy Bunan

José de Jesús Aguilera Silva

Marco Antonio Ibarra Onofre

Ricardo González Castillo

Rocio Marisol Hernández Ortiz

Ulises Gómez Vázquez

Victor González Astudillo

Yael David Vertty Velasco

Portada

Camila Mata Zenteno

ESPORA, Año 3, No. 17, marzo a abril, es una publicación mensual editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Gabriela Suzán Malda, Paula Stefany Hernández Gándara, Valeria Alcaraz Jiménez, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: Viernes 06 de abril 2018.

ESPORA

NÚMERO 17

ÍNDICE

- 6** **Peceras**
Ricardo González Castillo
- 7** **Diluvio**
Marco Antonio Ibarra Onofre
- 10** **Al día siguiente de la victoria**
Ian Levy Bunan
- 12** **Espacio, me has vencido**
Brayan Alexis Chaparro Sandoval
- 14** **Mantra**
Fabián Burgos
- 15** **Ni aunque me paguen**
Rocio Marisol Hernández Ortiz
- 18** **Fragmentos sobre lo abierto**
José de Jesús Aguilera Silva
- 20** **Doméstico y funerario**
Victor González Astudillo
- 22** **Octubre: un retrato**
Ulises Gómez Vázquez
- 24** **El lugar donde los gritos vuelven**
Yael David Vertty Velasco

Peceras

Ricardo González Castillo

San Nicolás de los Garza, México

f: Ricardo González Castillo

Arriba de nuestros hombros se encuentra, a manera de casco, una pecera circular repleta de peces. Estos están en calma la mayor parte del tiempo. Miles y miles de peces flotan al unísono dejándose llevar por la calma del agua. De vez en cuando un dedo misterioso se introduce y turba el agua. Naturalmente, los peces se inquietan y comienzan a nadar. Dependiendo de la profundidad y el tipo de movimiento que el dedo produzca, la reacción de los peces varía, esta puede ser desde un ligero movimiento, casi imperceptible, hasta un movimiento colérico. La perturbación logra provocar el movimiento de unos cuantos peces, y después de un lapso muy corto la tranquilidad vuelve a la pecera. En ese pequeño lapso, en el cual los peces reaccionan, se produce en la cabeza un pequeño dolor parecido a un pinchazo.

Los peces hablan en silencio, su voz se pierde en la tranquilidad del agua. Ninguna de sus palabras llega a concretarse en idea, pero cuando el dedo llega a lo más profundo y produce un movimiento con violencia, los peces reaccionan de manera vehemente y hablan de forma irracional. Todas las voces que no dicen nada, todos los movimientos que no llegan a ninguna parte, chocan con el cristal de la pecera hasta crear una grieta. Si el movimiento del dedo tiene la suficiente energía, los peces son capaces de romper la pecera. Si esto llega a suceder, los peces mueren y nosotros nos vemos vulnerables. Ya no hay pecera que nos contenga y nos quedan dos opciones: morir junto a los peces, en el suelo, de asfixia o sobrevivir en una lenta y dolorosa agonía por muchos, muchos años, sin ninguna protección o límite.



Marco Antonio Ibarra Onofre

Chalco, México

f: Tony Indovina

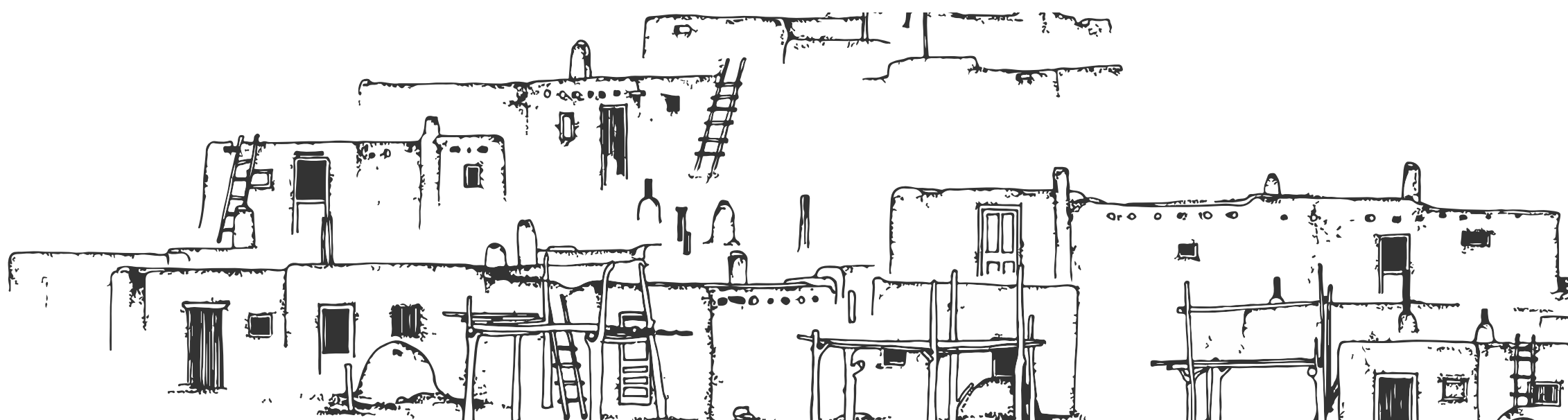
Diluvio

Cielo grisáceo sobre el pueblo y las lluvias caerán pronto. El dios Simonev por fin terminará con su aldea. Éste pueblo tan sufridor y abnegado, acostumbrado a los tatuajes y al fuego sobre la piel, rinde culto a su dios siendo tan fiel a lo que ordena mediante los sacerdotes.

Pequeños niños juegan de una manera desordenada; las mujeres charlan animosamente y el fuerte viento agita sus bellos cabellos; los ancianos fuman de su pipa de la amistad mientras esperan pacientemente a que el gran dios Simonev libere la lluvia sobre las tierras fértiles; las ancianas de la tribu se reúnen también, hablan sobre el futuro del pueblo pues en sus manos recaen las decisiones más importantes.

Simonev está harto de sus creaciones, se encuentra aburrido de que cumplan sus caprichos al pie de la letra, nadie del pueblo juzga al dios. Simonev: ser de pelo alargado, con efluvios sobre la cabeza, penachos en los brazos y ojos enormes de color azul brillante. Él, todopoderoso, impone su capricho y da permiso a una nube para comenzar con la lluvia. La enorme nube se queja de un dolor fuera de lo común, pues el dios esta vez no la cargó con agua.

Las ancianas en conjunto con los sacerdotes se han dado cuenta de las intenciones de su gran dios, demasiado tarde. Los habitantes del pueblo también han notado el ruido extraño de las nubes. La nube suelta su primer proyectil, un diminuto cuchillo que cae sobre una hormiga partiéndola a la mitad; el segundo proyectil aún más grande parte una flor. De esta manera comienza una lluvia de afiladas cuchillas de acero: animales torturados de un lado, hombres caídos al instante con un cuchillo en la cabeza. Las ancianas logran meter a algunos niños y mujeres en una especie de sótano, y estos escuchan la caída sin tregua de los objetos filosos sobre el pueblo; la sangre, el dolor, los gritos y la desesperación son los anfitriones de esta masacre, reinan y bailan de la mano.



El llanto de las mujeres y niños llega a oídos de Simonev, y él se retuerce jocoso y gime de felicidad, le encantan las suplicas del pueblo abnegado y entregado, le embriaga el olor a sangre. Las mujeres se vuelven locas y salen, solo para morir de manera cruel; los niños lloran y gritan, el sonido de las cuchillas lacera en el alma de cada uno de ellos.

Moro: niña rara y bizarra del pueblo, entre lágrimas y titubeos, levantó la cabeza y gritó al cielo rojo sangre.

- Simoneeeev, tú, no has ganado -.

Moro tomó una cuchilla y se la clavó en la mano.

- Este dolor en mi mano, no es por causa tuya -.

El caprichoso dios volteó su mirada al pueblo, y sus enormes ojos azules se llenaron de sorpresa; y pensó: ¡cómo es posible!

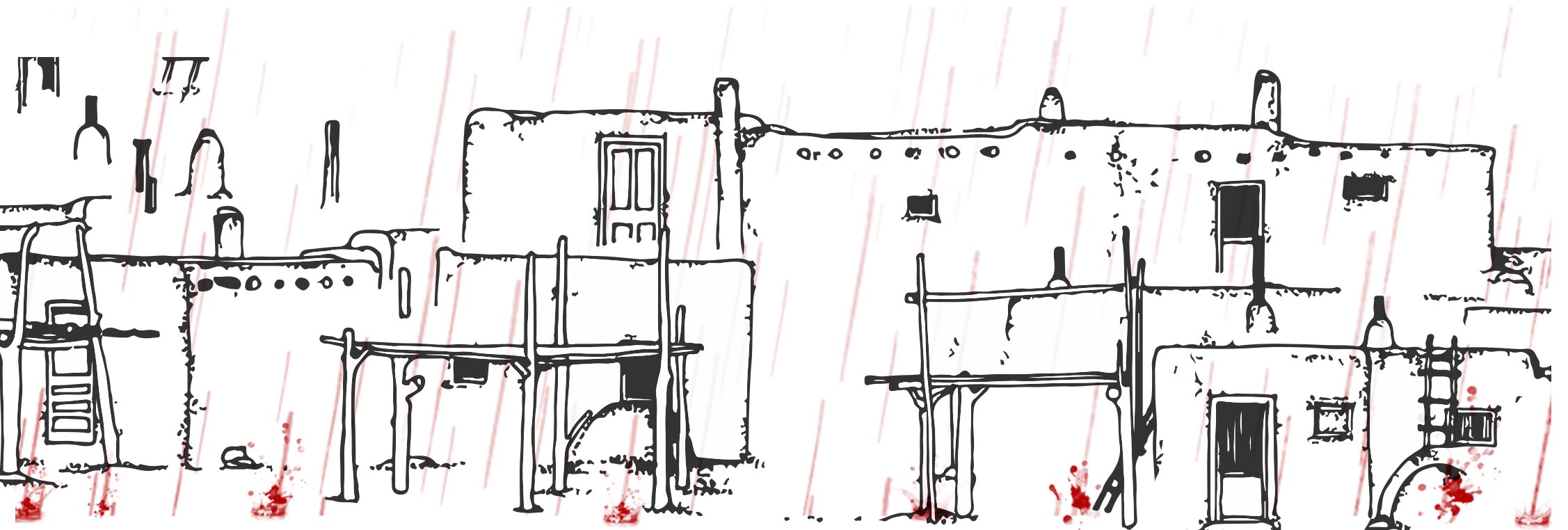
Moro se transformó de repente en una gran guerrera y siguió diciendo con voz audaz.

- Mis hermanos y hermanas aquí reunidos siendo aún unos niños, no te necesitamos, nos iremos del pueblo llevándonos todos los buenos recuerdos que nos dejaron sus habitantes-.

El diluvio afilado remontó, con una lluvia sin tregua: afiladas y destructivas cuchillas llenaron el ambiente de horribles sonidos, acompañadas de una vista pavorosa.

Simonev, dios malcriado, acostumbrado a que su voluntad se cumpliera, no salía de su sorpresa pues jamás nadie le había hablado de tal manera y no supo cómo reaccionar; un mareo lo amenazó, los ojos se le inyectaban de un líquido viscoso, las manos le temblaban y sin más, se desmayó. Los niños se abrazaron, sus lágrimas junto con sus manos se entrelazaron, y pacientemente esperaron a que la terrible lluvia cesara. Moro tenía sentimientos nuevos y lloraba por la pérdida de su amado pueblo, sabía que las ancianas y los demás vivirían por siempre dentro de su alma.

¿Se han preguntado cómo suena el silencio? ¿El olor a muerte y la atmósfera perturbadora después de una catástrofe tan terrible y mortífera? El rojo del cielo parece enojado; la vegetación llora ante tal brutalidad; el suelo se lamenta, pero también está feliz; el aire se alegra de tener que llevar algo entre sus fauces; el sol quema todo a su paso, da un baño de luz a la nada; el silencio reina, el silencio no se escucha ni a él mismo. Los infantes han quedado solos sin nadie que los cuide más que ellos, sus pequeños ojos no pueden aceptar la magnitud de lo que aprecian, sus corazones no soportan el dolor y sus almas tiemblan de rabia y tristeza.



Terminada la tromba, los pequeños salieron y el ambiente para ellos fue indescriptible. Moro decidió salir lo antes posible del pueblo, ahora ella era la líder. Algunos volteaban las miradas hacia atrás, pero Moro solo veía hacia el frente. Ni un paso atrás, se repetía una y otra vez, ni una lagrima más, ni una muerte injusta más.

Al despertar de su trance, Simonev estalló en una furia inmensa, la locura lo controlaba, la sed de venganza lo torturaba. Buscó a Moro en el pueblo en ruinas, cada recoveco, cada esquina, cada cueva, pero no encontró ni un solo rastro de la niña. Olvidó que el tiempo es diferente entre dioses y mortales, y lo que fue un simple desmayo de unos instantes para él, para los humanos son siglos y siglos y, a veces, eones de tiempo.

Le fue fácil encontrar la gran ciudad Moro; ciudad de librepensadores y de niños felices. Hacía mucho tiempo desde la muerte de Moro y, Simonev, a pesar de ser un dios, no podía crearla nuevamente (al menos no su alma) para que observara de nuevo la masacre que iniciaría contra la ciudad. Tomó varias nubes y las cargó con los objetos más filosos que fue capaz de crear y ordenó que cayeran sobre la metrópoli.

Un enorme proyectil acertó un golpe sobre la cabeza de un hombre que leía bajo un árbol un libro sobre crónicas marcianas, Simonev gozó con ese primer asesinato. Pero la felicidad se le desvaneció del rostro al ver que el hombre simplemente se arrancó la cuchilla y se fue como si nada. Simonev liberó todo su poder en tormentas afiladas; inundó la ciudad entera sin dejar a la vista a ningún ser viviente, pero al cabo de un rato notó que la urbe estaba intacta, junto con sus habitantes.

La gente no sufría con las peripecias que Simonev causaba. No era que estuviesen muertos, porque el dios observó que lloraban y amaban, sin embargo, el dios ya no movía los hilos de sus vidas. Se resignó y escudriñando bien la localidad se encontró con un monumento a Moro con la siguiente leyenda:

CIUDAD HOLOGRÁFICA *MORO*

USTEDES SON DUEÑOS DE SÍ
MISMOS, MIS QUERIDOS HERMANOS Y
HERMANAS

SIMONEV NO EXISTE EN NUESTRA
REALIDAD

AL DÍA SIGUIENTE DE LA VICTORIA

Ian Levy Bunan
Puebla, México

El sargento Leroy entró en la enfermería, como lo hacía en todas partes, bramando y prorranteando saliva a los pobres diablos a los que se dirigía:

-¡Cabo, informe!

-S-sargento -tartamudeó el cabo Pickles al tiempo que se limpiaba una mejilla de esputo del superior-, t-todo en orden, señor.

-¿Cómo diablos va a estar todo en orden, atontado de estercolero? ¿Qué se supone que hacen todos esos soldados repantingados en los camastros?

-¿Re-repantingados? -preguntó el cabo limpiándose la otra mejilla.

-Del latín *pantex*, ¿quiere un sinónimo para su diminuta cabecita? Aquí le van tres: recostados, reclinados, retrepados; ignorante consecuencia endogámica. ¡Y dirjase a mí como señor!

-S-señor, s-sí, s-señor, s-señor.

-Un señor es suficiente, lamebotas.

-S-señor.

-Déjese de formalismos, cabo, y explique qué diantres está sucediendo aquí.

-S-señor, a las ocho horas registramos múltiples ingresos que han ido incrementándose a lo largo del día.

-Que la enfermería está abarrotada ya lo puedo ver con mis propios ojos, gracias, ¿pero por qué rayos está así? ¿Qué les sucede a esta panda de insumisos? ¿Es que nadie piensa presentarse al desfile? Y otra pregunta, cabo Pickles, ¿por qué cojones emplea el plural mayestático si es usted el único imbécil que está aquí a cargo?

El cabo Pickles, saturado por los cuestionamientos y la saliva del sargento, tartamudeó el comienzo de una frase que proponía dar respuesta a las incógnitas de su superior. Por supuesto, no pasó de unos pocos balbuceos, no precedidos por el tartajeado *s-señor* ni por palabra alguna que pudiera apaciguar la palpitante vena de la frente del sargento Leroy. Consciente de la pérdida de tiempo que representaba esa fuente de información, el sargento de la cuadrilla 301, decidió buscar respuestas entre los soldados que se retorcían en los mohosos colchones.

-¡Soldado, nombre!

-Austerian, señor.

-¿Cuáles son sus síntomas, Austerian?

-Vómito, señor.

-¿Vómito? ¡He dicho *síntomas*!

-También diarrea.

-Diarrea, ¿eh? ¿Y qué le dio primero?

-¿Señor?

-Ya sabe, ¿por dónde evacuó antes sus sucias tripas?

-Señor, creo que por ambos lados.

-No le creo, soldado. ¿Cómo puede un hombre vomitar y excretar a la vez? Sé que miente, y lo sé porque cuando le pregunté por sus síntomas tan solo mencionó uno. *Vómito*, dijo. Levántese ahora mismo, lávese la cara y prepárese para el desfile. ¡Y ande derecho!

El sargento Leroy preguntó al soldado junto al camastro que acababa de quedar vacío.

-¡Soldado, nombre!

-Fenck, señor.

-Fenck, ¿qué nombre horrible es ese?

-Es de origen indeterminado, señor -explicó el soldado Fenck con ayuda de un tajante gesto de la mano derecha.



-¿De *origen indeterminado*, maldito paria?
-Esta es una nación de inmigrantes, señor.
-¡Esta es una nación de americanos, maldito comunista!
-Lo que yo decía, señor.
-¿Que lo decía usted? Usted ha dicho que es usted un indeterminado.
-Decía que el origen de mi nombre es indeterminado, señor.
-Ya sé que se refería a su estúpido nombre, Fenck. Usted ha dicho que el origen de su nombre es indeterminado y que esta era una nación de inmigrantes. ¿Acaso no es cierto?
-Lo es, señor, mi nombre es americano como lo es esta gran nación.
-¿Es que trata usted de tomarme el pelo?
-Negativo, señor, solo me avengo a cuanto usted pregunta, señor. Dado que nací en América mi nombre es americano.
-¿En qué parte de América?
-En Nuevo México, señor.
-Si es de Nuevo México entonces tiene usted más de mexicano que de americano.
-Pero, señor, Nuevo México es parte de América, así como el viejo México es parte del continente que es América.
-Cállese antes de que lo lleve ante un tribunal militar. Ahora, dígame, ¿qué síntomas tiene, soldado?
El soldado Fenck permaneció en silencio.
-Sé perfectamente que la afasia no es uno de ellos, ¿por qué diablos ha dejado de usar esa impertinente boca suya?
-Señor, con su permiso, ¿ya es posible hablar de nuevo?
-Yo no se lo he impedido.
-Disculpe, señor, pero sí lo ha hecho.
-¿De qué está hablando, Fenck?
-Usted me ha amenazado, señor.
-¿Que yo lo he amenazado, condenado embustero?
-Ha dicho: *cállese antes de que lo lleve ante un tribunal militar*, señor.
-Pero después le he preguntado por sus síntomas.
-Pero yo temía acabar ante un tribunal, señor.
-¡Haga el favor de callarse y decirme sus síntomas!
-¿Se me permite hablar, señor?
-¡Hable!
-Estreñimiento, señor.
-¿*Estreñimiento?* ¡¿*Estreñimiento!*!
-Dos días sin evacuar, señor.
-¡Largo de la enfermería, desertor! ¡Al desfile!
-Sí, señor.
-Y si lo que quiere es cagar de nuevo, júntese con Austerian.
Así prosiguieron los excepcionales interrogatorios del sargento Leroy hasta no dejar un soldado en la enfermería más que el viejo cabo Pickles quien, en extrañas e inesperadas circunstancias, falleció durante la noche. El desfile, no obstante, apareció en la portada de toda la prensa americana destinada en la nación asiática y, por supuesto, fue eco en el mundo entero.

ESPACIO, ME HAS VENCIDO

A César Dávila Andrade

Escribo al filo del abismo cada noche.
Me inquieta el frescor del viento que existe ahí abajo.
Sangro gotas purpurinas para no gastar tinta en pensamientos vanos.

Un gato juega a mi costado,
posa suavemente su cola alrededor de mi cuello;
esa cola-guillotina empieza a cortarme la respiración.
Me pregunto:
¿Cómo seré un muerto sin nadie a quién contárselo?
¿Qué hará con mis blancos y podridos huesos el padre Tiempo?

Camino y me pierdo en el abismo,
que no es abismo sino cueva;
una cueva anónima que no encaja en las dimensiones del habitar.
Hay miles de calaveras en su vientre
que guardan un nombre insospechado.
Una diosa nihilista reina sobre esta tierra.

Los colores que busco ya no se reflejan en este prisma.
Ahora solo queda el negro
como recuerdo de que un día hubo luz.
Un zumbido de abejas torna en manicomio
este panal de lo insondable.
La realidad se fractura y se junta en pedazos
que no logro comprender.

**Brayan Alexis
Chaparro Sandoval**

Quito, Ecuador
f: Brayan Chaparro

Me muevo desorbitado por estas galerías
del sinsentido, de la desazón.
Soy un músico que va hilando oscuras notas
con la materia que antecede al sonido,
pero existe algo alrededor del silencio
que no lo deja ser absoluto.
Las palabras hablan por sí mismas,
tienen vida propia.
Acusan con ser buitres que terminarán
por devorar hasta nuestro último aliento.

¡Lo confieso!
Este panteón de la desvida,
este mausoleo de la inexistencia,
tiene su génesis en mis adentros.
El cancerbero que custodia a los demonios creadores,
juega sobre este yermo
como si fuera el jardín de los incendios,
como si fuera el parque de madrugada
cuando danzan invisibles los ahorcados.

Y no puedo librarme de esta cueva anónima
que ahora lleva mi nombre;
de esta vacuidad que ahora se yergue sobre mis fisuras.
Hoy me considero tan vulnerable como César Dávila Andrade,
porque escribo y también me quejo a múltiples voces;
porque soy otro hombre baleado que puede decir:
Espacio, me has vencido.
Ya sufro tu distancia.

Fabián Burgos

Santiago, Chile

f: Sogrub Náibaf

Mantra

Deberás buscar la contracara de la desesperación
Que no todo lo aprendido provenga de las larvas
Ni de los muros de tu pieza
Que guardan versos y graffiti anotados
Por cada uno de los que ya han desaparecido
Nunca debiste jugar a arrancar limones bajo la lluvia
Profetizando la gripe
La enfermedad que los dejaría postrados
Y sanarían durante meses de insomnio
Leyéndose el destino en el recorrido de las moscas
En el roer de las ratas
Nunca debiste dibujar galaxias con cenizas de cigarro
Sobre sus libros ni en los de amigos queridos
Como única forma de aproximarse al Cosmos
Porque eran muchos los relojes que al unísono
Te enviaban a masticar tu propia carne
Deberás buscar la contracara de la desesperación
Quizás en un poema lento
Que hable sobre luciérnagas que guían a un perro
A encontrar su cola entre los pastizales



Ni aunque me paguen

Rocio Marisol Hernández Ortiz

Playas de Rosarito, México

f: Hernández Marisol

Ya me estaba poniendo más morenito como antes. En las mañanas hacía un poco de fresco, pero nomás, ya más tarde hacía un pinche calor; la gente se ponía sus huaraches, desde temprano se levantaban a sacar a los chivos al monte, arar la tierra, y checar si las gallinas ponían los huevos. No se cansaban de hacer lo mismo, nomás de vez en cuando se rumoreaba cosas.

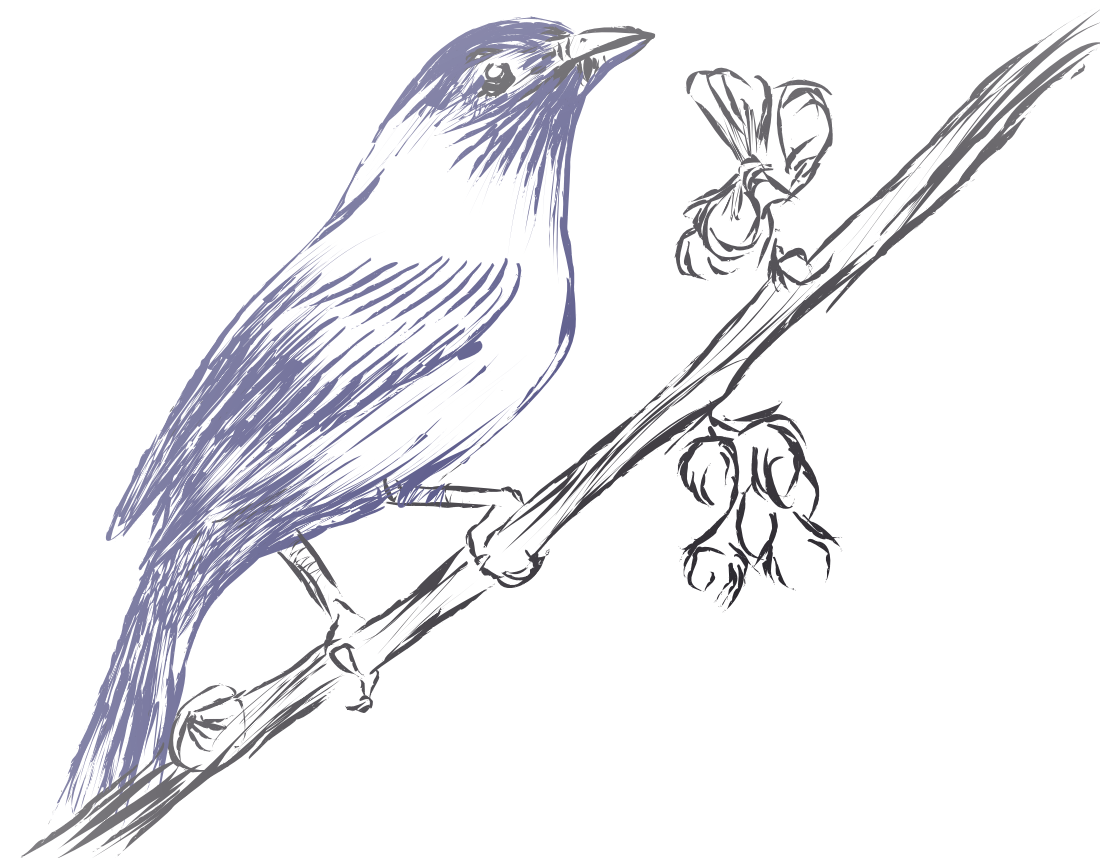
Ese animal, el *Cuili*, decían que era un pájaro azul, muy azul. Todos dicen que es de mal presagio. Según, si se te atraviesa, si lo ves, que es una mala señal. Dicen que se lleva el alma de los vivos, y que solo aparece un cierto tiempo. El caso es que ese año mi hermana Catalina tendría un hijo, su primer hijo.

Y eso andaba cerca. Dicen que es malo, tal vez sea solo un mito.

Catalina dice haberlo visto, ella contó que lo vio varias veces y otros dijeron lo mismo. Pinches viejos, pa' mí que eran puros cuentos.

El día que Catalina dice que lo vio, yo iba con ella, íbamos a ir a casa de Don Lucio a dejarle unas mazorcas que se habían quedado cuando habíamos acabado de pisar. Don Lucio, pobre viejo, ya estaba más *pa'llá* que *pa'cá*, y solo tenía un perro, sus tres gansos y la Carmela, su hija, que era renga.

Era un día muy caluroso, recuerdo que sentí ese picor familiar sobre la piel ya caliente; el aire y el polvo se unían para agrietar nuestros tobillos, pero la Cata ya estaba acostumbrada. Yo no. Aunque teníamos casi la misma edad y yo no estaba encinta ella me daba ventaja en la caminada.



— ¡Hey Cata!, espérame que ya no soy de rancho. Anda que se te sale el chamaco si no me esperas —. Le dije *pa'que* no se olvidara de mí. Sabía que me había escuchado, pero ella siguió caminando, la muy burra no me esperó, yo creo que estaba celosa.

Desde que había regresado al pueblo les di hartos regalos a mis viejos, *pa'que* vieran que sí tenía buena chamba allá en el norte; que sí estaba haciendo algo de provecho, no como la Cata, que ni sabía quién era el padre de su escuincle. Santa chinga que le debió de dar mi *Apá* cuando se enteró, por mensa.

Ese día dejé que se me adelantara, no iba a estar rogándole. Más adelante estaba ella en el camino esperándome, no faltaba mucho *pa'llegar* a casa de Don Lucio, pero la encontré bien blanca. Me dijo que había visto al pájaro azul, el *Cuili*. La Cata se asustó y dijo que de seguro algo malo le iba a ocurrir.

Le dije que se calmara, había un chingo de pájaros allá en el matorral y que solo era el calor que la ponía atolondrada. Me gritó, y me aventó una mazorca, después siguió por el camino. *Pinche loca*, me dije entre dientes, y después la seguí de cerca.

Ya en la tarde cuando dejamos las mazorcas con Don Lucio nos retachamos al rancho de mi *Apá*. Nomás

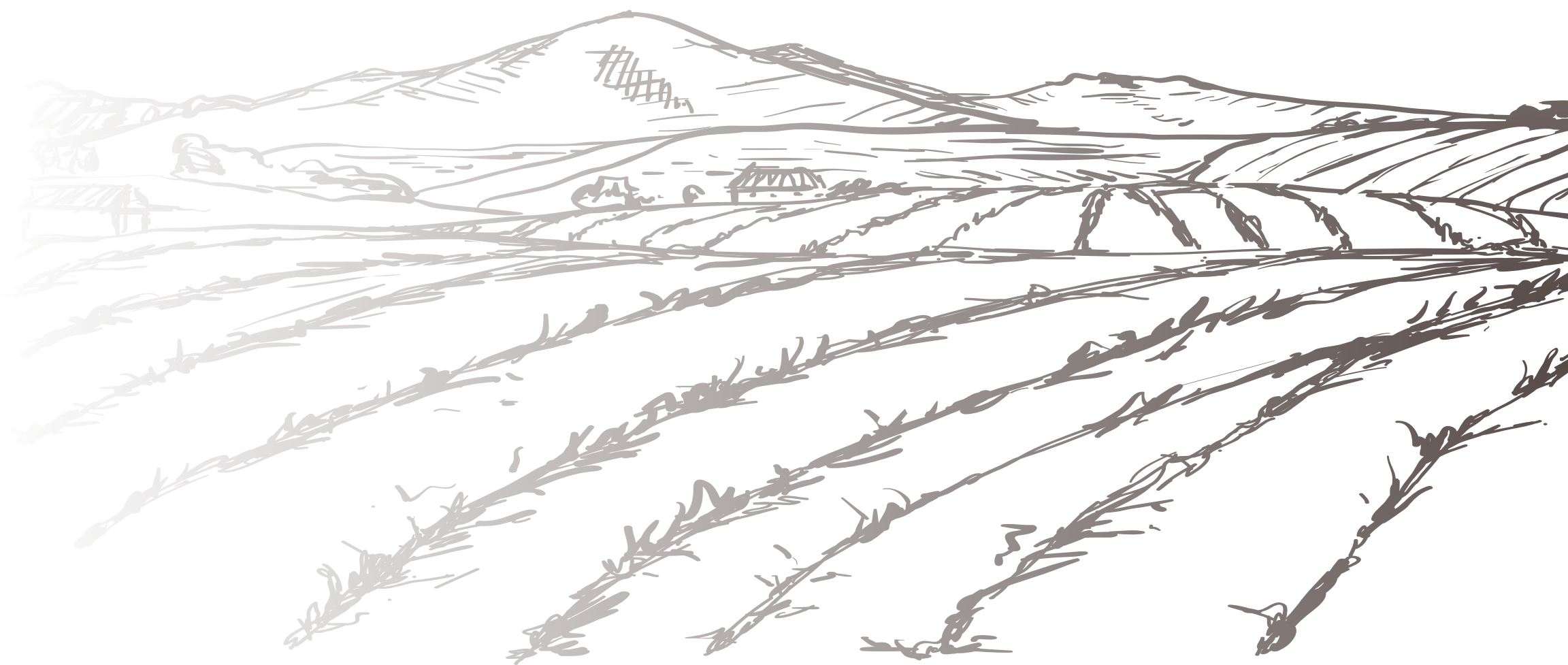
llegando me desplomé en mi petate, pinche cosa dura y fría en la que dormía.

Ya había pasado un tiempo y yo seguía ahí. Pinche pueblo. Recuerdo que ya me había cansado en esos meses; quería regresar, allí no había nada. Los zapatos se me llenaban de tierra cada que regresaba con mi *Apá* y bañarse no era tan recurrente allá en el rancho, pues había que traer agua del pozo que se encontraba lejos. De todos modos, a lo único que sí me andaba acostumbrando era al olor de los animales y al atole de nixtamal de mi *Amá*.

Era de madrugada cuando empezaron los gritos de la Cata. Medio sonso por el sueño me levanté, me fui a ver qué pasaba: pues que ya se le estaba saliendo el niño. Mi *Amá* llevaba mantas, yerbas y aceites *pa'todos* lados; y mi viejo gritaba a los hombres que se movilizaran, ni sé *pa'dónde*, pero se iban a hacer algo.

—¡Fausto!, tráete agua caliente — me ordenó, después ni me prestó atención. No me hallé en ese alboroto así que me regresé a dormir, total, de algún modo le iban a sacar el chamaco a la Cata.

Recuerdo que cuando me volví a despertar ese día, todo estaba en silencio, creí que andaban allá con la



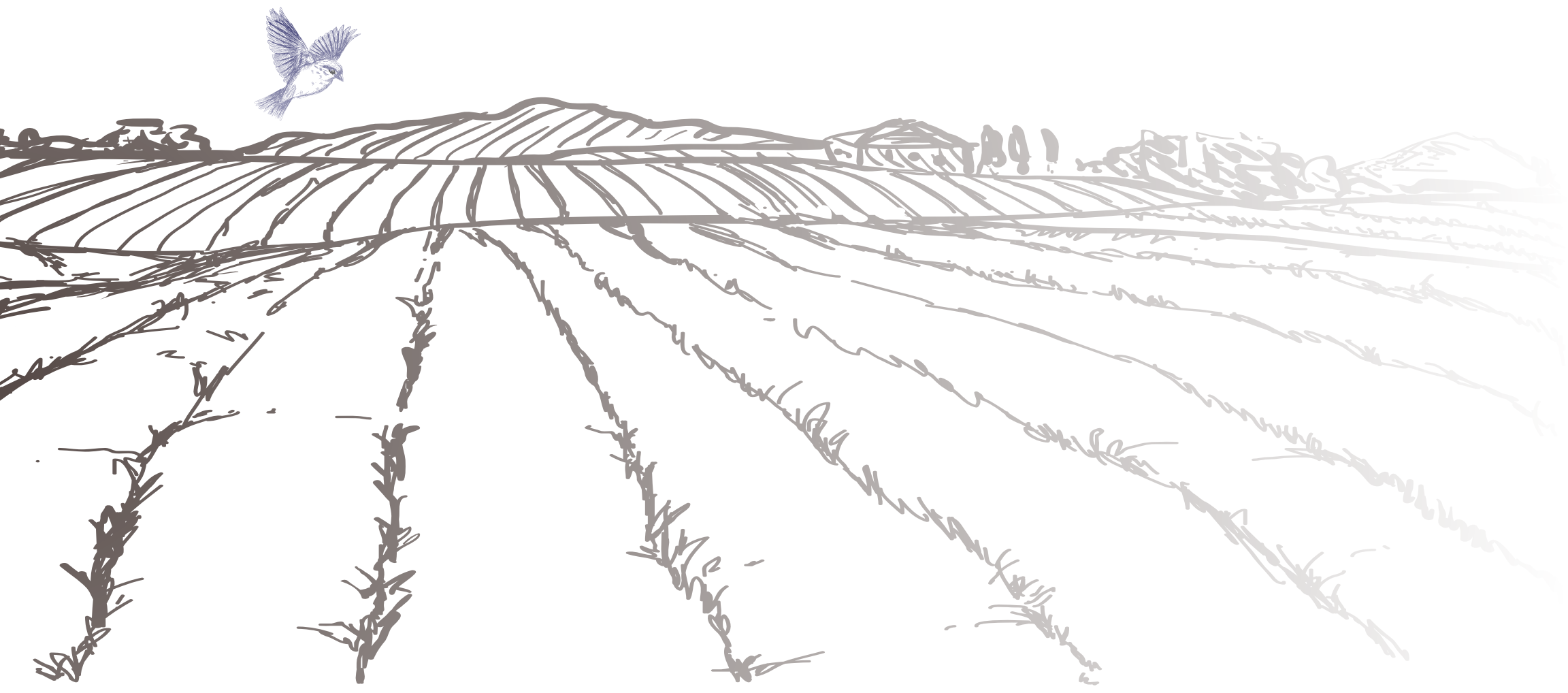
Cata y su chamaco nuevo. Y sí, ahí andaban. Cuando los encontré estaban en silencio en un rincón; la Cata estaba en su cama, sollozando y con la cara roja e hinchada, se veía medio magullada. Pregunté que qué pasaba y me murmuraron que se le murió el niño a la Cata: el niño ni lloró, ni respiró. De cerca vi que había un bulto de mantas junto a la cama de la Cata, yo sólo miré hacia otra parte y me fui de ahí.

Ayudé a enterrar al muertito allá en las huertas, *pa'que* mi hermana le llorara de vez en cuando. Esas cosas pasan. Pero había rumores, la gente culpaba al *Cuili* de la muerte de mi sobrino y de otras cosas más, yo nomás recuerdo que me les quedaba viendo y escuchando. Algunos hombres decían haberlo visto, y días después se les moría un animal del ganado. Que la muerte de muchos animales no era normal. Los más viejos decían que hace mucho no pasaba aquello, pero que era cierto, que aquello ni siquiera era un pájaro, a veces llegaba como una persona normal que se llevaba el alma de las personas y animales consigo, como un viajero de paso.

El día que murió Don Lucio -yo ya me andaba viniendo *pa'l* norte de nuevo-, dizque también a aquel viejito se le había aparecido esa cosa, aunque puede que ya le tocaba al viejo cruzar *pa'llá* y andaban exagerando. Pero con las cosas del diablo que pasaban ahí en el pueblo, yo no me quedaba a ver más.

Ya ni me acordaba qué hacía allí cuando era chico.

Ahora, ni aunque me pagaran me quedaba ahí, o si me pagaran sí, pero quién sabe, no hay ni un mísero peso allá en ese pinche pueblo.



José de Jesús Aguilera Silva
Guadalajara, México
f: Pepe Aguilera

FRAGMENTOS SOBRE LO ABIERTO

El sol lo traigo pegado al cuerpo
me arde en la cara
me arde en los brazos.
Son los días a las dos de la tarde corriendo detrás del día
de la vida...

Me detengo y pienso:
lo abierto es el espacio sin sentido,
el vacío de nosotros;
Heidegger perdido entre las ideas que recorren todos los caminos.
No creo que la estancia sea un lugar de paso.
Los días me traen cansado
revuelto
confuso
Las horas las traigo nubosas en la cabeza,
una neblina de nada

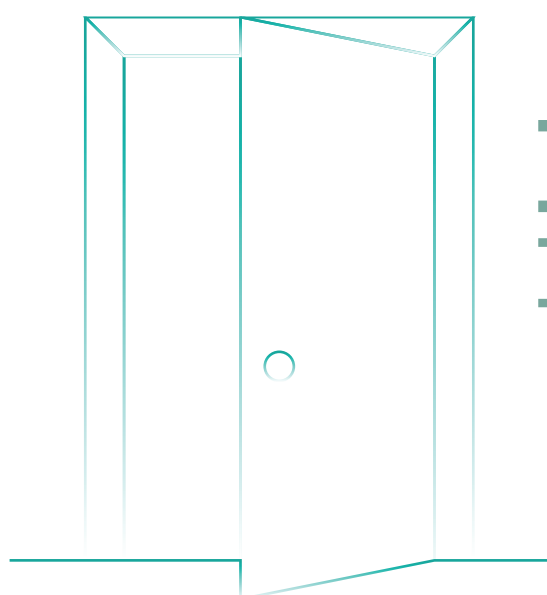
A veces las ideas no son más que mierda
vómito
residuos de ayer e intentos de dioses.
Me sigue doliendo el cuello
pero del otro lado
para no ser el mismo.
Lo abierto es este instante que me pronuncia

la libertad negada,
el revoloteo de las palabras que se van a ningún lado
y de ningún lado vienen...
Lo abierto no es un camino
ni un campo
ni la obra de arte:
lo abierto es cerrarse.
En el hermetismo del ser se encuentra su libertad,
el espacio abierto de todos los tiempos.

Los hemisferios son cabezas sobre el autobús,
los hemisferios son mundos cuadrados que se terminan en el horizonte
y los horizontes son una nube de palabras.

Lo abierto es un río que se va debajo de la ciudad
y nos llena las venas;
calles repletas de moho
de aguas verdes que nos cargan
cansadas de ser agua,
cansadas de perderse siempre debajo de la ciudad.

Lo abierto es el bosque espeso
la ciudad espesa
el desierto espeso que crece.



DOMÉSTICO FUNERARIO^Y

Víctor González Astudillo

Santiago, Chile

f: Víctor González Astudillo

20

Nuestra casa tiene un corredor largo que se va fragmentando en pequeños tramos. Al momento de avanzar, varios pasadizos se asoman por los costados. Al entrar en alguno de ellos, las habitaciones se construyen a la velocidad de una ampolleta encendida, a excepción de las últimas tres salas que son mucho más amplias y mejor iluminadas; me refiero a la cocina, el baño y un cuarto en donde solo hay un sillón. Al inicio del corredor está la puerta que da a la calle, al final está el patio en donde hay una piscina y una perra que trae el mismo nombre que nuestra abuela: Casimira. En la casa vive Madre y su novio, al que le digo Padre cada cierto tiempo. También está Roberto, a quien, en ocasiones, veo como a un lejano hermano mayor y, por último, están mis abuelos.

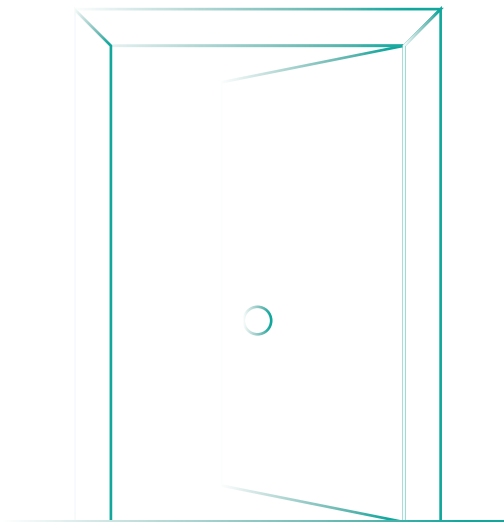
Mi casa es como todas las demás o al menos del modo en que yo las entiendo: pequeños centros cerrados de prácticas silenciosas. Cuando corro con la Casimira por el pasillo, las pisadas se multiplican al rebotar por la superficie de las desgastadas murallas. Madre trabaja hasta muy entrada la noche, mientras que Padre se encierra a fumar en su habitación mirando la tele. Abuela siempre está durmiendo, pero solo hasta la madrugada. Cuando despierta, se dedica a deambular por los pequeños pasillos de la casa. A veces, la veo pasar por la rendija de mi puerta y noto cómo tensiona sus brazos cada vez que arrastra las pantuflas por el suelo. El Roberto siempre está en otro lado. La única persona que se hace presente durante el día es mi Abuelo. Bajo el sol se la pasa escuchando canciones de tango, mientras lee sus poemas a la orilla de la piscina.

A Madre le desagrada mucho cuando encuentra a la Casimira dentro de la casa. La echa a patadas mientras le sujeto las piernas, para que a la Casimira no le duela tanto la barriga. Siempre tengo la esperanza de que mi Abuelo defienda a nuestra perrita pero, cuando llegamos al patio, éste se levanta de su silla y se larga a hablar con Madre mientras me sujeta la cabeza con su mano arrugada. Cuando el Abuelo le dirige la palabra a Madre, se arma un silencio ceremonial, como cuando los sacerdotes hablan delante de sus feligreses.

Durante los próximos meses el silencio de la casa fue cambiando por gritos entrecortados, muebles que se arrastran por el piso y algunos golpes en las murallas. Cuando el novio de Madre se fue de casa, empecé a dormir con ella durante un tiempo. A veces, parece que la pena le gana, así que empieza a tumbar las cosas con patadas extrañas: contorsiones que la dejan exhausta, tirada por debajo de la cama. Pasaron los días y Roberto también se fue. Se marchó a estudiar a otra región, entonces Madre preparó muchos bolsos y luego cerró la puerta. Abuela está muy enferma y ahora no deambula por la casa, sino que se la pasa durmiendo en su cuarto con las cortinas cerradas y, cuando despierta, se queda en la habitación de al lado, sentada en el sillón mirando el cielo. Pasan las horas y Abuela no se cansa de contar los infinitos tablones del techo.

Nuestra casa es un horno gigante, al igual que Santiago cuando acompaño a Madre a recorrer las calles; la gente se arremolina bajo los semáforos o a la entrada de una estación del metro. Las tardes me las paso jugando con la Casimira y luego me quedo sentada en el cemento, al lado de la silla de mi Abuelo. *Léeme un poema. Léeme otro*, le digo. *Léemelo de nuevo*. Y el sol se va escondiendo en la pandereta que da con la casa del vecino.

Un día mi Abuelo me habla: *hoy le vamos a leer un poema a tu abuela*. Y luego me toma de la mano y entramos al pasillo casi en secreto, como si a nuestros zapatos le faltaran suelas para hacer chillar el piso. Dentro de la habitación de Abuela no se ve nada, las cosas se ocultan entre las sombras de las cortinas. Pero a ella



puedo verla, la noto dormida, los dedos de sus pies se mueven como si siguieran una melodía sorda. Mi Abuelo toma una silla y nos ubicamos a un costado de la cama. Sentado, saca su libro viejo de poemas y los lee en voz alta. Las palabras que salen de su boca se oyen como si fueran parte de un sueño o de una fiebre intensa. Abuela abre sus ojos cada cierto tiempo y luego los cierra. Su cabeza tiembla como si sus párpados pesaran toneladas. Por fuera de la ventana, un árbol toca los vidrios con sus ramas floreadas. Quizá es la Casimira la que quiere entrar. Tal vez quiere oír los poemas de mi Abuelo. Entonces, Abuela da saltos violentos, las prendas que estaban en la cama salen volando y como pequeñas partículas de tierra se quedan suspendidas en el aire. Su cuerpo se vuelve rígido poco a poco. Cuando el Abuelo termina, la piel de Abuela luce agrietada como los tablones de las murallas. *No se ponga a llorar abuelito*, le digo. *Tengo tanta pena como usted, pero no por eso me voy a poner a llorar*. Y le paso la mano por entre sus dedos, como lo hago con los pelos de la Casimira después de que Madre le ha dado unas patadas.

Y todo queda envuelto en una escena doméstica o al menos del modo en que yo las entiendo: un silencio perpetuo, solo interrumpido en ocasiones por el crujir de la casa, el viento y las ramas de los árboles, los lamentos de un hombre avejentado y la melodía lejana de un tango que habla del amor y de la muerte, dos cosas que son ciertamente inseparables.

Ulises Gómez Vázquez
Venustiano Carranza, México
f: Ulises Gómez de la Torre



Octubre: un retrato

(A las abejas que se comieron tus ojos)

Octubre con su pelo de invierno permanece en un naufragio
del que no ha podido volver.

Bajo sus brazos de terciopelo están tus ojos y las líneas de mi rostro.

(Ya no se conocen)

Debajo de tu almohada un ángel que jamás invité.

Entre sus manos el origen de toda aurora:

con ella acaricia los pies de mi oreja izquierda.

Su sombra no puede ser vista, solo besada.

(Sus alas, la saliva del regocijo)

La luna no ha abandonado al día.

Ahora sus hijos se han tirado a dormir en la tierra.

Han dado a luz los ojos que no conocen la belleza.

Su nombre es Octubre.

Las improntas de su origen se han vestido de púrpura,
detrás de mi espalda.

Las límpidas gotas del sueño de Orfeo reflejan tus ojos:

esas motas de lunas que con mucho trabajo las abejas construyeron.

(No por devoción sino por hambre)

La lluvia es un feto con un camisón oscuro.

Las gotas del ombligo de la luna son epidermis

lanzadas al cándido vacío.

(El conejo se ha marchado de la luna, nadie

sabe en dónde está)

Estoy yo junto a él, como una paradoja escondida
detrás de su tímpano izquierdo.

Afuera del octubre, el respiro de los exiliados días
se comen mis orejas.

*(Detrás de la casa, las pálidas avispas no hacen más que
rondar el reflejo de su triste transparencia. Ya no quiero
verlas, quiero contarles mentiras para que se corten las venas)*

A Octubre se le han mojado los pantalones.
Su útero ha parido ajenos remordimientos.
El día de tu nacimiento a la vuelta de la esquina
se ha encerrado, él no ha querido, porque está
enamorado, está enamorado.

Los vientos rosados golpean tus mejillas.
El día domingo maúlla detrás de un cesto.
Su bastón de recuerdos se le ha caído.

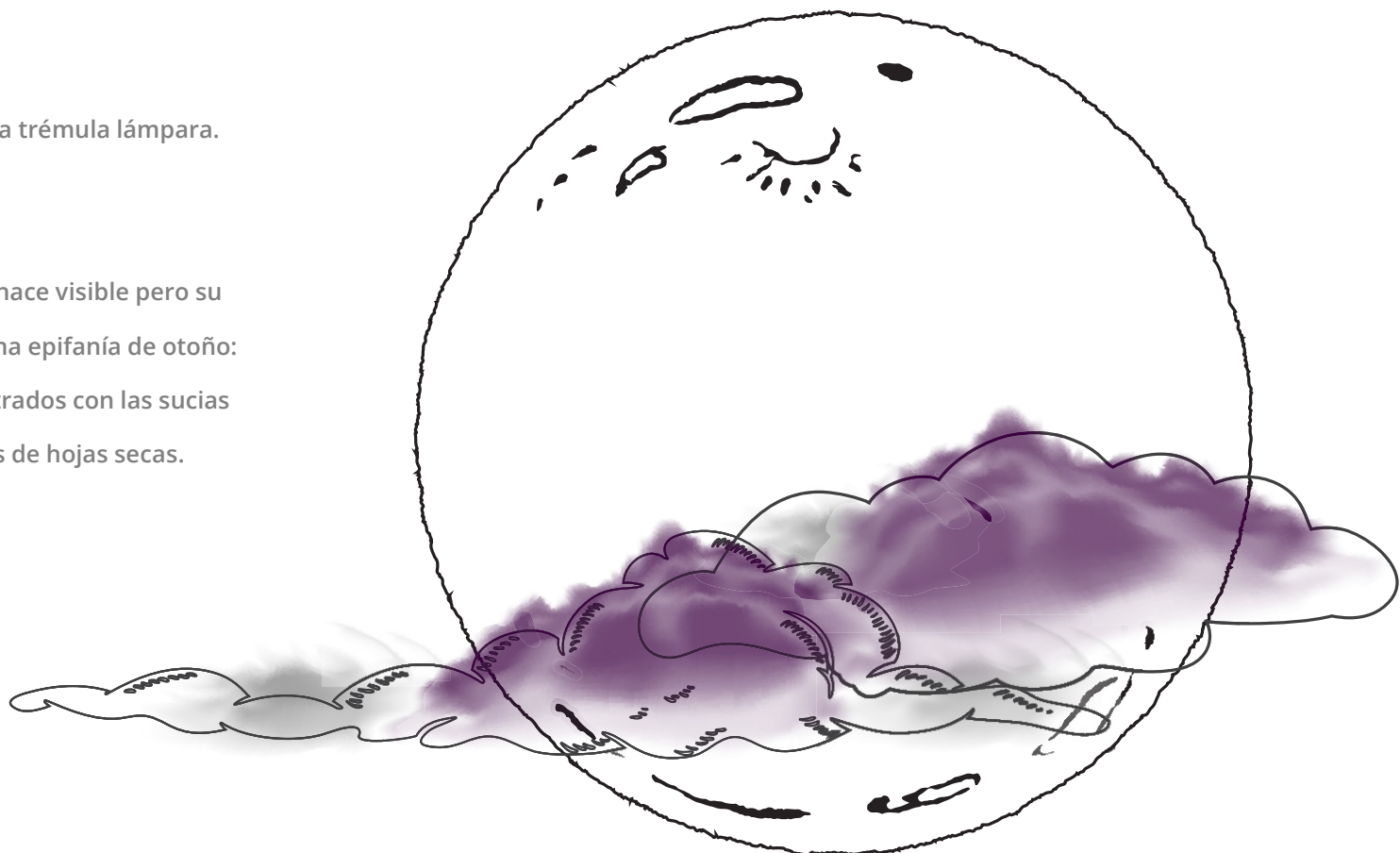
(Solo está la luz)

El reflejo es un musgo aletargado detrás
de sus rodillas.

(El espejo)

Un ave se desliza sobre la trémula lámpara.
Él no me ve.

Tu cóncavo recuerdo se hace visible pero su
retrato no es más que una epifanía de otoño:
donde permanecen postrados con las sucias
rodillas, diáfanos rostros de hojas secas.

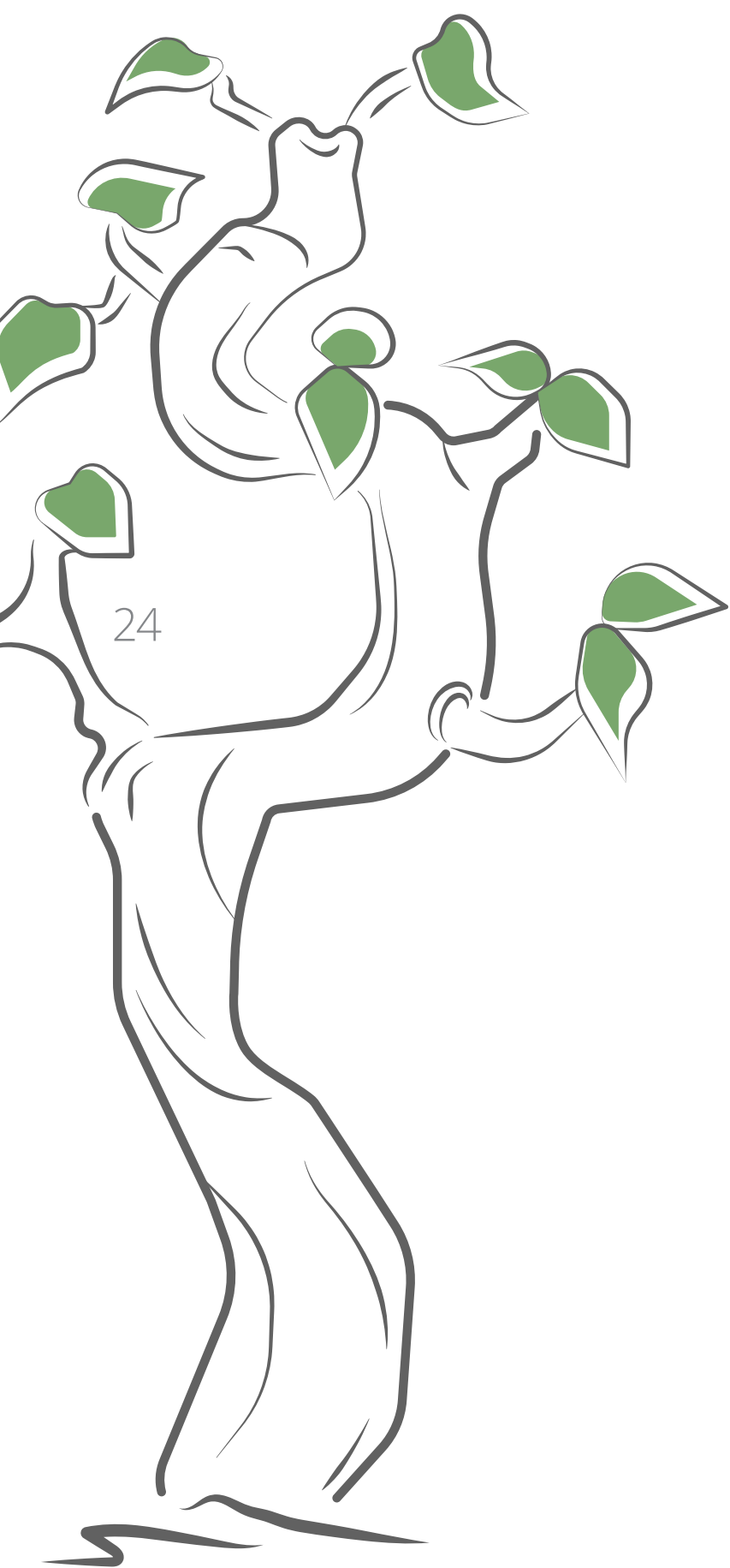


El lugar donde los gritos vuelven

Yael David Vertty Velasco

Ciudad de México, México

t: @David_Vertty



Querida M:

Parece que evitar volver a escribirte será otra promesa que no te podré cumplir. Me disculpo por ello, incluso cuando bajo estas circunstancias no tiene caso que te pida perdón: esta carta no llegará a ti y, sin embargo, el peso de la culpa me dobla las manos. Para mí nunca ha sido desquiciada la posibilidad de que, al poner la pluma sobre el papel, al invocarte, te produzca escalofríos, acaso tristeza, donde quiera que estés. Pero confío en que el motivo de mi carta, si no disculpa mi irresponsabilidad, al menos le dé sentido: hace unos días me ocurrió algo extraordinario.

Casi no sueño, pero, quizá en compensación, mis pocos sueños son de una luz pasmosa. Gracias a eso pude recordar la ubicación exacta de aquel bosque al que solíamos ir, una noche que aparecí entre follaje verde al cerrar los ojos. Me levanté de madrugada, sudorosa la frente, y con tinta nerviosa dibujé un mapa del camino que el dormir me había develado.

Comprenderás mi desasosiego: un año buscando aquel lugar y la solución estaba detrás de mis ojos. No me duele pensar que de haber encontrado el bosque antes hubiéramos seguido juntos. En todo caso, me duele la hipótesis de que, en algún punto, ya ninguno de nosotros quería encontrarlo. Pero no le concedas importancia a mis cavilaciones.

Lo importante es que, violando todas las reglas que me impuse para olvidarte, decidí ir al bosque. La memoria no me había defraudado: el camino que tracé en una hoja blanca me condujo con facilidad. Una vez ahí, el ensueño me continuó guiando: encontré el árbol sobre el que grabábamos canciones; el río donde me enseñabas a nadar; el cúmulo de hojas con restos de nuestro tabaco; hasta llegar, finalmente, al lugar donde los gritos vuelven.

¿Recuerdas la primera vez que gritamos? Eran las seis de la tarde en punto. No puedo olvidar tu rostro: ese paso de la euforia del desahogo al horror de la incompreensión, cuando escuchamos que el grito volvió. No era un eco, no era el sonido rebotando: era una réplica fiel del grito; aparecía súbitamente, con el mismo calor y la misma intensidad de nuestras voces al unísono. Nos miramos con detenimiento los labios, las gargantas; pero los músculos permanecían estáticos. Pasaron varios minutos antes de que recuperaras el color que la palidez te había arrebatado. Y el grito volvía.

Marcamos el tronco de un árbol para identificar el sitio preciso donde estábamos parados al gritar: el punto de reunión de nuestras voces. Regresamos a lo largo de un año entero, y el grito con nosotros. Me conmovían tus pasos antes de llegar al inevitable encuentro: cautelosos, tímidos; mi mano apretada fuertísimo por la tuya, como temiendo escuchar otras voces ahí donde las nuestras se habían grabado. Pero el grito no se perdía. Divino o diabólico, sólo en el grito creíamos. En su viento queríamos morir.



Te confieso que nunca me repuse de la desilusión de aquella tarde en la que no encontramos el árbol marcado. La violencia de tus rasguños. La incontenible necesidad de gritar hasta el desgarrar. Tras unos días ya no sabíamos por qué gritábamos. La disposición de los elementos del bosque parecía haberse alterado. Hasta que todo el sitio me pareció ajeno. Ambos olvidamos el camino y en el camino nos olvidamos.

Pero ahora mismo estoy sentado en la falda del árbol marcado. El temblor de mi cuerpo al escribirte hace crujir las hojas debajo de mí. Hace una semana que regreso diario al bosque. De noche me sueño aquí: estoy más enraizado en él que estos árboles milenarios. No obstante, hace unos días la cobardía aún me obligaba a alejarme corriendo antes de las seis. Iba al río y remojaba los pies. Sumergía la cara y temía escuchar el grito incluso debajo del agua.

Mas no tardé mucho tiempo en necesitar el calor de tu voz; más bien, quizá, añorar su familiaridad: no podría atribuirle calidez a ese grito fantasmal. Tres días después de mi regreso al bosque, resolví enfrentarme a nuestras voces, aguardar a su llegada; incluso tal vez, quebrando el estricto tratado que firmamos con el olvido, atesorar la tuya, que colmara mis oídos una última vez y por toda mi vida.

Aquel día llegué al bosque con la mente despejada. Me esforcé en no reparar en ninguna clase de distracción. Desnudé mis pies para disminuir el ruido de mis pisadas quebrando ramas por el camino. La sangre corría por cada rincón de mi cuerpo y me inundaba todo: aun sin poder verme podía inferir, en el ardor, la rojez de mis ojos.

Me sentía en un estado de completa alucinación; pero la melancolía me devolvió al razonamiento. Me descubrí a mí mismo reflexionando cada detalle del camino. Quería encontrar causas, entender cómo pudimos olvidar una senda que en ese momento yo recorría fluyendo, sin vacilar: quizá entendería qué fue lo que nos ocurrió. Sólo la certeza de encontrarme cerca del árbol marcado bloqueó el caudal de mis pensamientos.

Entre el terror y la excitación divisé la marca en el tronco. Me petrifiqué apenas unos pasos antes de confrontar al árbol. La seguridad con la que había avanzado hasta ese punto del camino se disolvió en incertidumbre: calculé que aún no eran las seis, que estaba a tiempo de volver a correr, huir para siempre del grito, de ti. Pero aquello que me impedía avanzar hacia el árbol tampoco me permitía alejarme de él.

Estaba paralizado. Pensé que la pesadez me congelaría en ese lugar por el resto de mis días. Y ante la inminencia de la muerte, apareciste en mí: pensé en tu sonrisa; en los libros que leías, en tus pinturas; en tus accesos de ira; en las cartas, las cartas que tanto amo; tu cuerpo; los abrazos, la lluvia, el bosque; los gritos, siempre los gritos. Me avergonzó el estúpido orgullo en el que me había escudado durante tanto tiempo. Te extrañaba, lo reconocí. *Me habría gustado despedirme de ti*, dije, por fin, en voz alta.

De pronto me supe tan ligero como las lágrimas resbalando por mi nariz. Volví a controlar mi cuerpo. Y caminé hacia el árbol marcado. Querida M, con dolor te escribo: no escuché nada. Retrocedí, tratando de repetir el ritual fallido, intentando corregir mis pasos, ensayando diferentes expresiones en mi rostro. Me consoló pensar que aún no eran las seis. Pero cuando la oscuridad inundó el bosque caí derrotado a los pies del árbol, donde ahora te escribo.

No podría aventurar una explicación de lo que pasó. Quizá el grito enmudeció cuando nos separamos. Quizá murió hace exactamente un año, cuando moriste tú. No sé si conservar la inocente esperanza de haberme equivocado: de árbol, de bosque, de camino. Sólo espero que el grito resuene eternamente en ti, como no pude hacerlo yo.

Desde donde gritábamos, te quiere V.



Extraña que fui
cuando vecina de lejanas luces
atesoraba palabras muy puras
para crear nuevos silencios».

VERDE PARAÍSO, ALEJANDRA PIZARNIK



ESPORA